

LIBROS Y VIAJES, PARA IR MÁS LEJOS

MAS ALLA DEL AULA

Se enfrenta el hombre de hoy a la época más apasionante de la Historia y más que nunca tiene en sus manos la responsabilidad tanto de su propia supervivencia como la del planeta. Porque, sin darse cuenta, está pagando un elevado precio por el progreso, en términos de extravío espiritual, de inseguridad, hasta de neurosis. Por ello, cada día depende más del conocimiento de su realidad y de la realidad de los demás hombres del mundo.

En consecuencia, para resolver esta necesidad de información y cultura, está obligado a crear medios que le permitan comunicarse de acuerdo a las necesidades de su grupo social y a las condiciones exclusivas de su individualidad. Debe encontrar su identidad. Y no es fácil: "El camino más corto para encontrarse a sí mismo —escribió Keyserling— da la vuelta al mundo". Jugar con las palabras y con las imágenes, si bien no es la única manera que tenemos para aproximarnos a la realidad, sí es buena manera, sobre todo si se trata de niños/jóvenes (que educadores somos). La ecuación imaginación/juego/libro/viaje, puede ser la fórmula en la que confluyen los medios con el ingrediente fantástico, pues, en contra de otras opiniones, la fantasía también es un instrumento para conocer la realidad. Si hablamos de educación se impone, pues, la reflexión. La reflexión sobre el conocimiento de las costumbres, modos de vida, líneas evolutivas dentro de las cuales nos movemos, sobre la historia, "nuestra historia", que es, en sí, un movimiento pendular que nos conduce del presente al pasado y de nuevo al presente, en la perspectiva del futuro. Y también para ello necesitamos de la imaginación. Pues no se puede concebir una escuela basada en la actividad del alumno, en su espíritu de investigación, en su creatividad, si no se coloca a esta en el lugar que merece dentro del proceso educativo.

Hoy, cuando viajar es sinónimo de recorrido turístico planificado y acotado (por otros), cuando desplazarse mil kilómetros en unas horas está al alcance de cualquiera, el turismo parece volver a aquellos tiempos en los que caminar era sólo cosa de peregrinos o de gentes de pocos medios. Pero con una diferencia sustancial: el camino se prepara, se recorre previamente a través de la lectura. Cada viaje se convierte así en una experiencia subjetiva.

Como consecuencia, libros de viajes y viajeros, guías, revistas y una enorme cantidad de publicaciones sobre el tema, están afluyendo al mercado. Y, mientras tanto, la eterna paradoja: nuestras aulas siguen ajenas al fenómeno, metidas entre los estrechos límites de sus cuatro paredes y en la limitada visión del libro de texto, desconociendo campos que le pueden llevar, en alas de la fantasía, a las más remotas e incalculables bellezas del mundo.

Libros y viajes. ¿Se puede dar una más perfecta combinación para



remontar las fronteras del sueño y sumergirse en la realidad de lo soñado?. Hablar de libros y viajes es abrir una puerta a la curiosidad, a la sorpresa. Y si bien viajar no es, a veces, físicamente posible, si lo es en brazos de la letra impresa. Culturas, historias, gentes de los cuatro confines que llegan en el papel, pueden hacer que el sueño sea posible. Desde el escenario viviente de un Quijote imaginario, hasta la aventura real del viajero veneciano, sin maletas, sin pasaporte, sin fatigas, cada lector cruzará fronteras, achicará distancias, descubrirá otros horizontes, otras maravillas de la naturaleza, otros tesoros del arte, otras maneras de vivir. El libro será evocación y recuerdo para algunos; preludeo y guía de futuros viajes para otros; fascinación para todos. Leer, es viajar. Es tomar caminos del mundo recoleta y apaciblemente, en compañía de aquellos escritores que han sabido recoger paisajes, pueblos y moradores, lo que buenamente han encontrado a su paso; o bien, que de todo hay, ir a la vera de aquellos que, por la gracia de la gracia, han sabido poner aliento propio —un color aquí, un sobresalto allá— en pueblos, tierra y hombres, imagen y palabra.

Y aseguró Gianni Rodari haber dos clases de niños que leen: los que lo hacen para la escuela, porque leer es su ejercicio, su deber, su trabajo (agradable o no, es igual); y los que leen para ellos mismos, por gusto, para satisfacer

una necesidad personal de información o para poner en acción su imaginación. Iguales clases de adultos lectores se dan, afirmamos nosotros. Pero es misión del adulto, y más si es educador, conseguir que el niño haga de la segunda, la única razón para coger un libro. Su afán de aventuras es buena motivación. Sólo necesita, para el excitante cambio, tener un buen cicerone, un buen guía que le ponga las cosas fáciles, que haga que cada capítulo leído sea un nuevo mundo para él, cada página un descubrimiento que le incite a buscar la ingenuidad del autor que, sin malicia, intenta conocer el mundo y hacerlo suyo, con amorosa paciencia, y ponerlo en bandeja común al servicio de todos... Y disfrute.

Abramos las ventanas; dejemos entrar aires nuevos, que todos los caminos, como a Roma, conducen al conocimiento. La Reforma del Sistema Educativo que se nos anuncia puede ser el punto de partida. El modelo de currículo abierto por el que apuesta debe tener una traducción real en las aulas. El profesor es importante; los recursos, conjunto de materiales de diversa índole que él puede disponer para desarrollar el conocimiento, la comprensión y el aprecio del entorno próximo y la comunidad entera y enjuiciar los problemas del mundo actual, también; libros y viajes, un campo abonado de materiales, con categoría apasionante.